

la causa, se quita el pecado; y ojos que no ven, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos.—No mas refranes, Sancho, dijo Don Quijote; pues, cualquiera de los que has dicho, basta para dar á entender tu pensamiento; y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto; y castigame mi madre, y yo trompógelas.—Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: *dijo la sartén á la caldera: ¡quitate allá, ojinegra!* ¡Estáme reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos!—Mira, Sancho, respondió Don Quijote: yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías: y, si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sábios; y, el refran que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto; y, pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasaremos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.” Retiráronse; cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballería, usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche; y así, pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

ERA la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: “¡Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion! Yo imagino, que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes; yo lloro cuando cantas; yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aquí, y con buen ánimo, y denuedo agradecido, date trescientos ó cuatrocientos azotes, á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos, como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando, yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea.—Señor,

respondió Sancho: no soy yo religioso, para que, desde la mitad de mi sueño, me levante y me discipline, ni menos me parece que, del extremo del dolor de los azotes, se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no-tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes.—¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho, y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te vés con esperanzas propincuas de ser conde, ó tener otro título equivalente; y no tardará el cumplimiento dellas mas de cuanto tarde en pasar este año; que yo, *post tenebras spero lucem*.—No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que, en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templará el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto! Sola una cosa tiene mala el sueño, segun he oído decir, y es, que se parece á la muerte; pues, de un dormido á un muerto, hay muy poca diferencia.—Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora; por donde vengo á conocer, ser verdad el refran que tú algunas veces sueles decir: *no con quién naces, sino con quién paces*.—¡Ah, pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo! no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á vuesa merced se le caen de la boca, de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haber, entre los míos y los suyos, esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.” En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pié Don Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido, y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos, al uno; que, al otro, ya se sabe su valentía. Es pues el caso, que llevaban unos hombres, á vender á una feria, mas de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y, sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheas de Sancho, y derribando, no solo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote. Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole que queria matar media docena de aquellos señores

y descomedidos puercos; que ya habia conocido que lo eran. Don Quijote le dijo: “Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es que, á un caballero andante vencido, le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos.—Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que, á los escuderos de los caballeros vencidos, los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generacion. Pero ¿qué tienen qué ver los *Panzas* con los *Quijotes*? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos.—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir; que yo, que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete que, sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria.—Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos: vuesa merced cóplée cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere:” y luego, tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno, se lo estorbases. Don Quijote, arrimado á un tronco de un haya ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

“¡Amor! cuando yo pienso
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo á la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenso:
Mas, en llegando al paso
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegría siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida.
¡Oh condicion no oída,
La que, conmigo, muerte y vida trata!”

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse, en esto, el dia; dió el sol, con sus rayos, en los ojos á Sancho; despertó, y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros; miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara, y aun mas adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino; y, al declinar de la tarde, vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á